

ticos y económicos, que harán respetable siempre su recuerdo; D. Joaquín Roca y Cornet, escritor católico; don Wenceslao Ayguals de Izco, novelista; Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, poetisa, novelista y autora de varias obras dramáticas justamente célebres; Aureliano Morete, niño de doce años, tan estudioso matemático como inspirado poeta; D. Vicente Joaquín Bastus, autor de un excelente *Diccionario enciclopédico*; D. Francisco Orgaz, poeta lírico y periodista; D. Juan Cortazar, matemático y profesor de la Facultad de Ciencias, autor de un gran número de obras didácticas que han alcanzado un prodigioso éxito; D. Juan Agustín Mariño, joven poeta cubano; D. Roberto Robert, escritor festivo y periodista intencionado; D. José María Carrascon, periodista; D. José Picon y García, autor dramático, entre cuyas obras se verán siempre con gusto *La corte de los milagros*, *Pan y toros* y otras; D. Francisco Córdoba y Lopez, periodista; D. Antonio X. de San Martín, escritor distinguido y director que fué del *Diario de la Marina* y de la *Crónica de Nueva-York*; D. Isidoro Morera de la Val, periodista; D. Fernando Fulgoso, novelista y poeta; Ilmo. Sr. D. Miguel Salvá, obispo de Mallorca, escritor y académico de la de la Historia; Ilmo. Sr. D. Fray Jacinto Martínez Saez, obispo de la Habana y celoso propagandista de las doctrinas católicas, á las que consagró numerosos escritos; D. Domingo de la Vega, periodista y escritor agrícola; D. Juan Ángel de Zorrozúa, periodista; D. Francisco Garcés de Marsilla, baron de Andilla y escritor, y finalmente, el Lope de nuestra edad, el poeta dramático que llenará con su nombre y sus obras nuestro siglo, el autor de *Marcela*, *Muérete y verás...*, *El pelo de la dehesa*, *Un tercero en discordia* y tantas y tantas joyas del moderno repertorio, el Sr. D. Manuel Breton de los Herreros.

Hijos del trabajo, obreros de la civilización, casi todos han muerto en la mayor pobreza; pero casi todos nos han legado una valiosa herencia. Si en vida no pudieron ellos utilizarla, sepamos nosotros conservarla y trasmitirla con piadoso afecto para que enriquezca á las generaciones que nos han de suceder.

OSSORTO Y BERNARD.

IN ILLO TEMPORE...

(Cuento antídiluviano.)

Dispénsenme los hombres políticos, que han llegado á ser eminencias, y los hombres sabios, y toda clase de hombres, que de algun modo se han distinguido; pero para mí, el *primer hombre*, no digo de la época, sino del mundo, ha sido Adán.

Al que me pruebe lo contrario, se le propondrá para individuo de la Academia Española.

Adán es el hombre por excelencia, el más corpulento de todos, el que más derecho tiene á nuestra gratitud, puesto que le debemos la vida; el más *popular* de todos los hombres populares, habidos y por haber. Adán, pese á los materialistas que quieren enmendarle la plana á Dios, es y será siempre... (lo diré en verso)...

...Por más que sin tino ladres,
Materialista importuno,
El señor Adán es uno
De nuestros primeros... padres.

Si señor; lo repito, los libros sagrados dicen que Adán y Eva fueron nuestros *primeros* padres; luego no digo nada malo al asegurar que Adán era uno de ellos.

Y yo no estoy bien seguro de si quedó contento Adán con la honra señalada que Dios le hizo al declararle padre de la humanidad; me figuro que sí, porque por aquel tiempo estaba el mundo tan atrasado en todos sentidos que Adán, que no tuvo ocasion de apreciar lo que es la vida actualmente, se contentó con lo que le daban y nada tuvo que envidiar.

Pero, hablando con franqueza, si Adán hubiera nacido en el siglo XIX, con el vapor, la electricidad, el can-can, las cartas de Roque Barcia y otros mil inventos de la civilización, creo que algo más satisfecho se hubiera ido al otro mundo, que no llevando aquella vida sedentaria y pacífica, sin ningún contratiempo, sin ninguna desazona.

Porque la verdad es, que eso de venir al mundo, y encontrarse solo, completamente solo, rodeado nada más que de toda clase de animales, sería muy poco consolador para cualquiera de nosotros, que estamos acostumbrados á tantas emociones nuevas.

De mí sé decir que me alegro mucho de haber nacido ahora, y que me hubiera muerto de tristeza en lugar de Adán.

Aquello debió ser atroz. Vamos á formarnos una serie de ideas de lo que vendría á ser, poco más ó ménos, la vida de Adán en el Paraíso.

Volemos, porque con el pensamiento podemos volar.

Ya estamos en el Paraíso.

Son las siete de la mañana... digo no; no sabemos qué hora es, porque no se conocían entónces ni los relojes de sol.

Sin embargo, figurémonos que es la hora en que Adán se levanta de la cama.

Tampoco esto es cierto, porque el pobre Adán no tenía más cama que el santo suelo.

Pues señor: se pone de pié y tiende una mirada alrededor. Abre la boca como el que está aburrido y dice... no sabemos en qué idioma, porque tampoco entónces se conocía más lengua que la suya:

—¡Cáspita! ¿A qué habré yo venido á este mundo? no sé qué hacer, y lo peor es que todos los días me pasa lo mismo.

Efectivamente, Adán no tenía ni el recurso de pedir el chocolate, porque no había á quién pedirlo, ni chocolate que pedir.

No puede pasar el rato leyendo periódicos, porque no existen, y porque aunque existieran, no sabe leer.

Ni siquiera le es dable matar el tiempo vistiéndose, porque no se encuentra en toda la redondez de la tierra una mala sastrería de portal.

Por otra parte, aunque hubiera podido no se hubiera atrevido á «matar» el tiempo de ningún modo, porque el tiempo acababa de nacer, y en la cabeza de Adán, que tenía la misión de dar vida, no cabían ideas de muerte.

¡Les digo á Vds. que Adán estaba divertido! Así es que todo el día lo pasaba dando paseos higiénicos por el barrio de Salamanca y alrededor del Paraíso, y acariando á los apreciables leones y demas animalitos que le hacían compañía (por decirlo así).

Si esta vida hubiera durado mucho tiempo, comprendo que Adán se hubiera suicidado; pero Dios le dió una compañera, y vamos, desde entónces lo pasó ménos mal.

Una noche, mientras Adán dormía, formó Dios á Eva de una costilla de aquél, y cuando al día siguiente se despertó, quedó sorprendido de una manera agradable.

—¡Hola, la dijo! ¿A qué has venido tú aquí?

—Soy Eva, la madre del género humano, le contestó aquélla.

Y repito que desde entónces lo pasaron ménos mal, porque bien del todo era imposible.

Todas sus distracciones quedaron reducidas á pasearse por el Paraíso; muchos paseos y á dormir.

Al otro día lo mismo, y mirar al cielo, y pasar la mano por el lomo á alguna pantera, y comer fruta y beber agua y... nada más.

Vamos, el que diga que esta vida no es agradable es un hotentote.

Allí no tenían miedo á motines de ningún género; allí no se conocían las manifestaciones pacíficas; allí no había cocheros de plaza, ni ódios, ni pasiones volcánicas, ni mangas de riego.



El Sr. Castelar defendiendo con su poderosa elocuencia la salida del Congreso de la Comision permanente.

Allí se disfrutaba una tranquilidad sin límites.

No obstante, aquello, lectores, no nos hubiera convenido, porque condenados á vivir tantos años como dicen que vivieron nuestros primeros padres, nos hubiéramos atracado de aburrimiento y nos hubiera matado la hipocondría.

Eva no podía salir á tiendas. Adan no iba al casino. Eva

conocía el modo de hacer fuego, no había aquello de pasarlás al amor de la lumbre, y como no había teatro, se tenían que quedar en casa, digo, al aire libre.

En fin, hagan Vds. una comparacion de las comodidades que hoy se disfrutaban, y digan Vds. conmigo que aquello debía ser horrible, insoportable.



Sra. Pezzana de Gualtieri, distinguida actriz italiana.

no tenía amigas, ni la *Moda Elegante Ilustrada*. Adan ni siquiera tenía un mal cajon de cigarros habanos.

Llegaba la hora de almorzar y no encontraban fonda á propósito. El almuerzo era el mismo todos los días: media docena de dátiles, algun albérchigo y un poco de agua bebida en la cuenca de la mano.

Despues á aburrirse otro poquito hasta la hora de comer. No sabían de qué hablar, porque como nada ocurría no era fácil tener asunto para la conversacion.

Las noches las pasaban fastidiados, porque como no se

¡Y aún habrá alguno que se queje de esta vida! ¡Aun habrá suicidas que se van al otro mundo porque éste se les hace insoportable! Compáren esos señores esta vida con aquélla, y que se quejen, si tienen valor, de lo que vale tanto, y desgraciadamente dura tan poco.

Lo mismo digo de los ricos que de los pobres. Para todos ha de tener esta vida muchos más atractivos que la que llevaron nuestros primeros padres. Verdad es que entónces no se conocía el pícaro dinero, que ha venido á ser el rey absoluto de las sociedades y á darnos muchos disgus-

tos. Pero, sin embargo, el dinero se gana con el trabajo (cosa de que tambien estaban libres Adan y Eva), y con él pueden proporcionarse esos medios necesarios para la satisfaccion de nuestras necesidades.

Repito, pues, que aquella vida, comparada con ésta, debió ser insoportable, y que Adan merece nuestro agradecimiento por partida doble, toda vez que á él le debemos la vida, y que para llenar esta gran mision sufrió con paciencia todo género de incomodidades.

Por esto he dicho, y lo sostengo, que para mí el *primer* hombre del mundo ha sido Adan.

—(*El lector.*) Y para mí tambien.

Vaya pues, lo celebros, y V. dispense el rato que le he distraído con este cuento antidiluviano.

RICARDO SEPÚLVEDA.

LA SOLTERONA.

La mujer cruza tres épocas en la vida; en la primera, se halla en estado de despreciar; en la segunda, de coger; y en la tercera, de arrebatar.

De lo cual se deduce que la mujer, á los veinte años, es mariposa que juega con los hombres; á los treinta, es gato que caza el raton que se presenta; y á los cuarenta, es tigre hambriento que recorre con los ojos *un desierto* en busca de una presa que devorar.

¿Y despues?... ¡Ay! despues, en la Bolsa social, la mujer es un papel amortizado que ya *no se cotiza*; al ver que *bajan* sus fondos, saca cotidianamente á la plaza *sus títulos*, pero no encuentra *tomadores*.

La mujer que bogando por el proceloso mar de la edad *escapula* el cabo de los cuarenta, lleva el nombre de solterona, *sambenito* odioso.

Mi vecina doña Angustias, segun consta en el archivo de la parroquia, nació en 1833, cuando cerraba para siempre sus angustios ojos nuestro señor rey D. Fernando VII, tratándole con el respeto de aquellas pobres gentes que tuvieron la desgracia de no conocer las grandezas de la España *hecha pedazos*; es decir, dividida en cantones; resulta, pues, que doña Angustias ha cumplido cuarenta años en este mal llamado año *de gracia* de 1873, que espira, entre las convulsiones de la tierra de Cartagena aplastada por el fuego de la civilizacion; ahogado por la sangre de los hermanos que riegan nuestros campos en una desastrosa guerra civil; conmovido de estupefaccion por haberse descubierto al fin *el perfecto vacio* (en las arcas del Tesoro); y con el alma desgarrada por los ayes de la honra nacional, echada á pique, allá en las costas de Jamaica, por el botalon del vapor *Virginus*.

Mi vecina tiene cuarenta años; pero sólo lo sabemos Dios, ella, el registro parroquial y yo; con lo cual puede asegurarse que el secreto está perfectamente guardado; doña Angustias, como todas las mujeres, juega á la *treinta y una*, y se ha *plantado* en veintiocho, á despecho de los síntomas de la vejez, que combate con heroismo, auxiliada por el *Blanco cera de Matilde Diez*, con que falsifica su cara, y por el *Agua de las Hadas*, con que falsifica su pelo.

Doña Angustias ha perdido *sus papeles*; no es jóven ni vieja: no tiene edad; no es fea ni bonita: es un cero á la izquierda; si no temiera que me acusáran de exagerado, al ver cómo pasa desapercibida por las calles, sin que los hombres se vuelvan ya á ella, cual se vuelven los girasoles al astro del día, y al ver que ha perdido *la atraccion*, no vacilaria en decir que no tiene sexo: es género *neutro*.

¿Quereis que doña Angustias se moviliue? Aconsejad al ministro de la Gobernacion que haga extensivo á las damas el famoso llamamiento de *voluntarios* para una milicia *forzosa*; pocos hombres hay que no quieran hoy tener más de cuarenta y cinco años por no cargar con el chopo; pero si llamáran á las mujeres, todas, casi sin excepcion,

por no confesar que habian llegado á esa época *poniente*, cargarían, no ya con un fusil, sino con un cañon Krupp.

Doña Angustias no lee todavia el *Año cristiano*, ni va diariamente á las cuarenta horas; ésa es la última etapa; á la puerta de la iglesia *abdica* la solterona, dejando allí tirada su corona de azahar, como dejó Carlos V su corona régia á las puertas del monasterio de Yuste. Mi vecina lee poco, pero lee siempre á Proudhom; sueña con *el comunismo* y con el reparto social, esperando que le toque alguno de los adoradores que le sobran á otra vecinita que, por el pecado de ser linda y de tener ese estado mayor, ha llevado más maldiciones de mi tipo que rezos de las beatas la Virgen de la Paloma.

Compadezco á doña Angustias. ¿No veis esa sonrisa que está estereotipada en sus labios? — Es su sonrisa eterna; pero esa sonrisa es una careta del dolor; esa sonrisa es un dardo. La sonrisa es el anuncio falso de sus afectos; con la sonrisa ama, llora, aborrece, mata; pero siempre con la misma sonrisa, porque es el traje de su ira que desempeña diferentes papeles.

El alma de mi vecina guarda una gran cantidad de veneno, impotente para destruir, pero que brota de sus ojos y de sus labios, en las menores acciones, en los más insignificantes diálogos.

El mundo no le paga la deuda que con ella ha contraído y el ridículo patente en que la pone; así, vive siempre atormentada, siempre histérica, siempre irritada y siempre en guardia para defenderse, porque en cada hombre ve un enemigo y en cada mujer una serpiente.

Ahí teneis á doña Angustias. Con su inseparable perrito *Lindoro* en una mano y con el manguito en la otra, va



Doña Angustias.

por esas calles rompiendo botas y murmurando de cuantas personas encuentra al paso, porque la murmuracion es el pasto de su alma. Todo le disgusta, todo lo censura y todo lo destroza, porque el sarcasmo es el arma que vibra su lengua; nada concede á la sociedad, porque vive con ella en completo divorcio; pelea como el débil con el fuerte, sin presentar el cuerpo para la lidia; vivió esperando la bienaventuranza en forma de *marido*; ¡y la bienaventuranza no llegó!

Y si alguna vez llega para la solterona, es preciso confesar que todo el veneno se convierte en miel, y en miel de tal dulzura, que empalaga. La solterona que se casa es una excelente esposa, pues sabe ser agradecida con el que la saca del *Purgatorio*.

Doña Angustias obra en todo por cálculo; si un hombre la mira, le llama impolitico para que el mundo crea que la persigue, pero ella prolonga su mirada y lo devora, y lo atrae, y delira.

Si alguno le habla en un sitio público, afecta en sus maneras el interes del misterio; se sonrie de vez en cuan-

do y baja la cabeza para que la crean enajenada con una declaracion amorosa, y el que habla con ella le está contando algun chisme de sociedad ó una travesura de colegio.

En un salon de baile, doña Angustias permanece sentada, porque no la sacan; nadie quiere ponerla en evidencia al lado de las niñas, y ella llama necios á los hombres que la dejan sentada y superficiales á las mujeres que bailan. Allí no hace causa comun con las mamás porque sería declararse vencida, y no se acerca á las jóvenes para que no hagan comparaciones, siempre odiosas; así, permanece aislada, mordiéndose la lengua y criticándolo todo; es una planta parásita de salon.

Si conocéis á doña Angustias, no la conveideis á una fiesta de matrimonio; en una noche de boda se desarrolla la fiebre de su alma; si asiste es por compromiso, y va indispuesta, porque los preparativos de la ajena felicidad la asesinan. Cuando ve á la desposada con sus flores, se sonríe y besa sus mejillas, pero ese beso es el de Júdas.

En el acto de la ceremonia, la sala presenta un aspecto solemne; cuando se pronuncia el *si*, esa palabra tan corta, que es el prólogo de una historia eterna, la desposada llora por enajenacion, su familia por desahogo, las viudas por malicia, las solteras por envidia y las viejas por entusiasmo; los hombres cuchichean y se miran de reojo; sólo doña Angustias se sonríe, y sin embargo, siente saltar en el pecho su corazon: aquel poema de la vida de la mujer le cierra sus páginas, y no sólo siente morir sin leerlas, sino sin hojearlas.

Una mujer que envejece en la soltería es lo que un vago de profesion; no hace más que estorbar; doña Angustias vive sujeta al capricho de alguna persona que le haga sombra, porque de lo contrario, el mundo murmuraría; si sale sola, la critican; si está en un círculo, ciertas conversaciones se prohíben, unas porque pueden ofenderla, y otras porque no debe oirlas, aunque tiene años.

¡Años! ¡hé aquí el anatema! ¡hé aquí los puntos negros que en el horizonte de la vida anuncian *el naufragio!* ¡Oh! ¡debe ser espantosa en sus creaciones la imaginacion de mi vecina, cuando á solas, delante del espejo, vea ponerse el sol de la hermosura, que le manda sus crepúsculos en forma de canas y de arrugas! Cada cana es una delacion; cada arruga un adiós que ella acompaña con sus lágrimas; el fuego de sus ojos se va apagando, y la esbeltez de su cuerpo va huyendo, sin que haya recurso para detener la belleza que emigra. ¿Puede acaso la mano del hombre hacer que reverdezcan las hojas que amarillean? ¿Puede la mujer, como Josué, mandar á aquel sol que brille más tiempo para seguir peleando y vencer?—No.

Para doña Angustias, envejecer sin casarse es morir en el campo de batalla, vergonzosamente, sin combatir. ¿Qué gloria lleva consigo de su pasada vida? ¿Qué hizo de su belleza, de sus impetus, de su ardor?—Corrieron desapercibidos, sin que nadie los poseyera, sin que nadie apreciara su valía.

Y no es lo peor su perdida identificacion con otro sér cuando aún espera, porque vive en el mundo, y sus inquietudes y su continuo histérico sirven de alimento á la llama de su existencia; pero despues, cuando ya los crepúsculos de su hermosura se hayan escondido en el horizonte de la edad, cuando nada tenga que esperar, porque *pasó*, aunque sienta virgen su corazon, cuando se confiese á sí misma vencida, ¿qué le aguarda?... ¡El hastío perpetuo! Nada habrá que le haga soportable la vejez, cuyo puerto toca. ¡Infeliz! encontró su camino sembrado de espinas, y en su vejez ni una flor habrá para ella; su corazon fué un huésped de su cuerpo; no combatió con él porque no encontró enemigo; no lo entregó, porque nadie lo quiso; si tuvo una pasion, murió en secreto; su corazon fué un soldado que recibió la licencia absoluta sin esgrimir las armas; no hizo más que estar perennemente de *centinela* y dar repétidos *alertas* y falsas voces de *alarma*.

Doña Angustias atravesará esa época poniente sin amor, sin marido, sin hijos, sin que nadie la distraiga, muriendo de fastidio, que es su cáncer; el mundo le roba todo: su posicion, sus ilusiones y los goces de la maternidad. ¡Desventurada! ¿Qué importan á una madre los crepúsculos de la vida si se siente niña en la niñez de sus hijos y jóven en su juventud? Vive en la vida de ellos; con ellos de nuevo ama, sufre, lucha y triunfa, porque el sér del hijo es el de la madre; ella se confunde con sus hijos y es la única que siente en sus sentimientos, que padece con ellos y que con ellos cae; es la primera mano que corona sus sienes y la primera que los levanta, porque la gloria y la adversidad del hijo son la gloria y la adversidad de la madre; no por orgullo, no por cálculo, sino porque el mundo está despues de su hijo, porque su hijo es ella misma.

La solterona es la personificacion de la desgracia; es un objeto de lujo que se exhibe en el escaparate social sin que nadie lo compre.

Una solterona vieja vuelve al mundo; ya éste no tiene ridículo para ella, porque no le interesa su pasado; pero ella siempre conservará en sus labios la perpétua sonrisa, que es la hiel de su corazon.

Doña Angustias morirá perdonando hasta á sus deudores, pero ni entónces perdonará á los *hombres*.

TEODORO GUERRERO.

EL AMOR EN EL SIGLO XIX.

Ya no está ciego el amor,
Ni se le pinta vendado,
Como se usaba pintarle
En tiempo de los romanos.
En el siglo de las luces
Todos ven mucho y muy claro,
Y el rapazuelo Cupido,
Por no dar un golpe en vago,
Abre, para ver si hay plata,
Cada ojo como un plato.
Nadie quiere amar desnudo,
Sino vestido y calzado,
Que hoy fabrica los Adónis
El sastre á tijeretazos.
Aquel antiguo refran
De los amantes de antaño,
«Contigo pan y cebolla»,
De este modo se ha cambiado:
«Contigo casa y carruaje
Y palco para el teatro.»
Las flechas, arcos y aljabas
Son armas de mentecatos
En el siglo del *revólver*
Y el fusil perfeccionado.
Siendo cosa muy sabida
Que en estos tiempos metálicos
Más aprisa que una flecha
Llega una letra de cambio.
Ya no hay billetes de amor,
Sino billetes de Banco.
Cupido es hoy comerciante
Muy afecto al *libre cambio*;
Absolutista en política,
En religion volteriano.
Las alas no más le quedan
De sus arcos pasados;
Alas un tanto crecidas
Para que, si es necesario,
Así como viene pronto,
Pueda marcharse... volando.

V. DE LANDALUZE.

Habana, Junio 21 de 1873.



VIENA.—Galería de la Industria española en la Exposición universal (primera sección).